

Leer y escribir

Ideas para redactar economía

JOSÉ M. S. PENICHE Y PASOS

Es una pena no saber redactar. No poder decir en una carta a nuestra novia lo profundo de nuestros sentimientos, lo que traemos aquí en el alma. Y todo por no conocer la forma, por ignorar las palabras puntuales. A lo mejor nuestra novia nos confunde con otro que le dice las mismas barbaridades.

Es una pena no poder comunicar a maestros, a colegas, al lector el resultado de nuestra investigación, lo que tenemos en mente, nuestras opiniones, lo que hemos logrado profesionalmente, lo que hemos creado... y en vez de eso dar una idea equívoca o ambigua. O de lástima.

Es como tener un balón y no saber dar el pase al compañero que lo espera, es como tratar de enviar un centro templado y en vez de eso entregar un bombón aguado de regalo al portero del equipo contrario. Es un autogol.

Más allá de presentar un trabajo bien escrito, nuestro prestigio profesional, nuestra calidad cultural está en evidencia cuando escribimos.

Lo que escribimos establece nuestra identidad. Somos fenómenos únicos e irrepetibles, nuestra redacción es nuestra unicidad intelectual impresa en un papel ante el mundo.

Ojalá y todos pudiéramos presentarnos como lo hace Juan José Arreola:

Yo, señores, soy de Zapotlán el Grande. Un pueblo que de tan grande nos lo hicieron Ciudad Guzmán hace cien años. Yo soy el cuarto hijo de unos padres que tuvieron catorce. Nací el año de 1918, en el estrago de la gripa española, el día de San Mateo Evangelista y Santa Higenia Virgen entre pollos, puercos, chivos, guajolotes, vacas, burros y caballos. Di los primeros pasos seguido por un borrego negro que se salió del corral. Tal es el antecedente de la angustia duradera que da color a mi vida. Todavía este mal borrego negro me persigue y siento que mis pasos tiemblan como los del troglodita perseguido por una bestia mitológica.

Y es que Arreola es uno de los grandes maestros de nuestra lengua. Lo que sí podemos, sin duda alguna, es mejorar nuestra redacción en la medida en que nos lo proponamos.

Es muy ingenuo un economista que descuida su redacción. El economista casi siempre trabaja para alguien que toma las decisiones, a quien debe proporcionar la información que requiere, detallada, inequívoca, precisa. Se desempeña como planificador de empresas, como gerente financiero, como analista de crédito o de organismos

gubernamentales... y debe rendir informes por escrito. El economista que no redacta bien puede perder su *chamba*.

El destinatario de nuestro texto es el gerente de la empresa, o el presidente municipal o el gobernador, o si es un ensayo para publicar en alguna revista especializada, nuestro público será de colegas o de lectores interesados en el tema, tal vez de otros países. En consecuencia nuestro texto debe ser formal, impecable en la redacción, por supuesto sin faltas de ortografía, además de observar una sintaxis intachable. No perder de vista el propósito principal y el interés del receptor. Eso no significa que sea monótono y soporífero.

Usemos la inteligencia en plenitud. Hagamos buena la tesis de Chomsky según la cual el uso corriente del lenguaje es una clara evidencia del enorme potencial creativo del ser humano. Dejemos constancia de nuestro potencial.

Ser dueño de una redacción excelente requiere de tiempo y trabajo que para algunos llega a convertirse en un placer mientras para otros es sólo un mal necesario.

En el fabuloso mundo de la comunicación los estudiantes de hoy tienen la gran ventaja de disponer de los recursos audiovisuales, de la TV, de la computadora, de los servicios que les ofrecen las instituciones y todo eso les facilita mucho la tarea. Sólo hay que saber usarlos.

La parte placentera consiste en la lectura de aquellos escritores que han descifrado el misterio de la literatura: Borges, Cortázar, Fuentes, Arreola, García Márquez, José Emilio Pacheco son buenos ejemplos. Su lectura cuidadosa, comparada, así como su análisis nos dan al mismo tiempo placer y conocimiento aplicable a nuestra especialidad.

Imaginar que la gramática es el fútbol de las palabras. Las palabras, como los futbolistas, tienen cada una su calidad individual, su potencia en el *shut*, su función en el equipo, su versatilidad para jugar varias posiciones, la posición en que mejor se desempeñan, su juego de conjunto, la presencia *desequilibrante* de algunas de ellas. Un sustantivo común, masculino y plural, como *huevos*, puede hacer la diferencia en el marcador...

Los antiguos condenaban las palabras *que-pudieran-herir-los-oidos-castos*; el comunicador actual busca precisamente sacudir la conciencia del receptor, prefiere el término más adecuado a su propósito y hace caso omiso de las *buenas costumbres* con tal que el dardo dé en el blanco.

Y escribir mucho. A redactar se aprende al ritmo de la escritura

Por otra parte, la mayor parte de la información económica útil se produce en inglés. El economista que no tenga conocimientos de ese idioma está perdido y en evidente desventaja ante sus colegas del primer mundo. Poseer una redacción excelente, una cultura general y dominar otros idiomas, en especial el inglés, es saltar de Primera A a Liga Mayor.

Podemos atribuir al autor o al traductor los galimatías que frecuentemente se nos atraviesan en los artículos periodísticos y en los libros de cualquier tema. En Economía los autores parecen gozar con el uso de giros oscuros, de palabras gelatinosas; los traductores multiplican los espejos de los laberintos. Leamos un párrafo de Michael Pakin, en el libro *Macroeconomía*, con el cual abre su capítulo "El precio regulador":

El precio de un bien regula las cantidades demandadas y ofrecidas. Si el precio es demasiado alto, la cantidad ofrecida excede la cantidad demandada. Si el precio es demasiado bajo, la cantidad demandada excede la cantidad ofrecida. Hay un precio al cual la cantidad demandada es igual a la cantidad ofrecida. Averigüemos cuál es ese precio.

¿Ustedes lo entendieron? Yo tampoco. En todo caso es seguro que lo anterior puede decirse de una manera más breve, sencilla y clara.

Cuando menos en el imaginario popular, la ciencia económica es especialmente confusa: no cabe duda que la economía es difícil de explicar y por ende, casi imposible de entender. A esto han contribuido los textos mal traducidos que conforman el cementerio de manuales de cualquier egresado, las explicaciones que terminan donde comienzan, sin decir gran cosa, pero fundamentalmente, el divorcio entre la teoría y la terca realidad que simplemente se niega a bailar al son de las ideas de los grandes economistas.

En mucho contribuye a esta confusión la proliferación de términos que en la vida diaria se entremezclan con categorías establecidas en la “real” ciencia económica. Confundir el valor con el precio es tolerable en la tienda de la esquina, pero es poco aconsejable en el examen de microeconomía. Esto puede parecer carente de importancia, sin embargo es válido decir que el origen de todos nuestros problemas, desde los que parecen más lejanos como la crisis actual de la economía internacional, hasta el aterrizaje de lo mismo traducido en el alza de los precios en las casas y los desatinos de las autoridades que nos llevan irremediablemente a la bancarrota literal, tienen que ver con la inoperancia conceptual y la incapacidad crónica de los economistas para conceptualizar y comunicar los fundamentos de su disciplina.

En realidad la ciencia económica es tan sencilla como el sentido común, el cual nos dice que no es posible vivir sin comer, sin tener aire, agua y tierra limpios, y sin tomar en cuenta la vida de los demás seres vivos, cualquiera que sea su forma. Tal pareciera que históricamente el pensamiento económico ha servido para ocultar esta verdad y encriptarla bajo códigos indescifrables. Leer textos de economía de las universidades de prestigio constituye más un ejercicio de hermenéutica que una revelación sobre nuestra naturaleza humana en su búsqueda del equilibrio con los bienes terrenales. La razón política de esconder esta gran verdad económica no difiere mucho de aquélla que obligaba a los sacerdotes a esconder las ideas de la ciencia de los libros sagrados en la época oscurantista. Los economistas de hoy son los monjes del pasado y el indescifrable discurso ortodoxo de la ciencia económica es el latín reservado de la Inquisición; las universidades y rascacielos de las oficinas corporativas son las catedrales de ayer, que acarician el azul tan sólo accesible para aquellos que entienden el lenguaje prohibido de la economía.

La salida elegante de esta Edad Media a la que nos ha llevado la ciencia económica ortodoxa, y de paso del colapso integral que vivimos, consiste en replantear el aparato conceptual de la administración de nuestra casa (eco-nomía) por medio de nuestra innata habilidad de establecer los convencionalismos que nos permitan llamar a las cosas por su nombre, de manera clara y directa. En eso, finalmente, consiste la importancia del bien decir y del bien describir nuestra existencia social, en nuestro efímero paso por este mundo.

Algunos dicen que redactar es pensar: yo creo que es pensar y mucho más. Pero sí, antes de empezar hay que pensar lo que se va a escribir, tener bien claro lo que se desea comunicar, no olvidar a quién va dirigido el texto, para utilizar el lenguaje adecuado, y jerarquizar las ideas auxiliares, entre otras cosas. Al respecto no es fácil establecer normas rígidas y concretas. Fijarlas equivale a formarse cada quien un estilo. En el estilo intervienen todas nuestras vivencias anteriores: el ambiente en que nos hemos educado, nuestro temperamento. Es nuestro mundo. Por eso se dice que el estilo es el hombre (Buffon). Al escribir, sin querer, uno se va recreando.

Y ya en plan de recomendaciones y observaciones de un veterano periodista y redactor:

al sentarse a escribir tener a mano el diccionario de la RAE, que es la ley a secas, o el llamado *Diccionario de uso del español*, de María Moliner, al cual recurre la mayoría de los escritores que conozco. Un buen diccionario de sinónimos y antónimos. Además, un librito económico y útil: el *Larousse de la conjugación*, que trae todos los verbos en todos sus tiempos; y, además, de una guía abreviada de redacción.

Además del trabajo *de cajón*, cuando estén ustedes “inspirados” y sientan una idea revolotear en su cerebro, hay que sentarse a escribir de corrido, concentrarse y sin fijar fechas ni nombres, ni listas, ni hacer caso del carro de la basura que pasa en ese momento. Desarrollar la idea hasta donde sea posible sin temor a escribir de más. Es más fácil suprimir que añadir partes al revisar el texto. Y en cuanto a las fechas exactas, los nombres y demás, se confirman después.

Huir de obviedades y repeticiones. Huir de frases hechas, de refranes o dichos archisabidos, de ripios, no usar palabras de las cuales se desconoce el significado, alejarse del *estilo Perro Bermúdez* como del cólera. A veces es conveniente repetir ciertas palabras, en lugares estratégicos, que sirvan de referencia para evitar confusiones o dificultades en la comprensión del texto. Usar pocos adjetivos, bien escogidos (Borges era maestro); mejor mencionar los hechos, las acciones, las virtudes, los errores.

Hay *errores y errores*: no preocuparse demasiado por las faltas veniales —para eso están los correctores— excepto en los exámenes.

Avivar la llama de la imaginación para armar metáforas, alegorías, comparaciones. A veces una ocurrencia despierta, sacude al lector y cumple la función de dinamizar el texto.

Me gusta, al corregir, al repasar, leer mi texto en voz alta para oír la música de la prosa (Arreola). A veces poner esdrújula en vez de llana mejora el ritmo.

Y no viene mal dejar caer aquí y allá una gota de humor, todo lo discreta que sea necesario.

Tomar todo esto con alegría, como una fuente más de vida, como una antesala del buen gusto. Qué más quisiera que este texto fuera agradable y ameno, a más de útil.

Fecha de recepción: Mayo 5, 2010
Fecha de aceptación: Junio 16, 2010